

*Tan lejos, tan cerca. Mi vida*

Barcelona: Tusquets Editores, 1998



CUANDO DESCUBRIÓ que se había convertido en Adolfo Marsillach se sorprendió muchísimo.” Con estas palabras irónicas empieza Marsillach una autobiografía escrita en tercera persona que apareció en la revista *Triunfo* en 1981 [“Marsillach. La imposibilidad de ser o no ser otro”, *Triunfo*, núm. 12]. Este perfil primero, escrito diecisiete años antes que *Tan lejos, tan cerca*, aporta en nueve páginas los ejes fundamentales que dirigen la autobiografía definitiva convertida ya en una reflexión extensa, madura y cargada de sinceridad, que está narrada, además, con un excelente estilo literario.

Vida y teatro son las directrices de las memorias de Adolfo Marsillach, muy en la línea de la literatura autobiográfica de actores que nos relatan su vida personal en función de la pública vinculada al mundo del teatro español. En este sentido es imposible olvidar las memorias de María Casares, *Residente privilegiada* (1981), las admirables de Fernando Fernán Gómez, *El tiempo amarillo* (1995) o, más cómicas e inverosímiles, las de Miguel Gila, *Y entonces nació yo* (1995) cercanas al ingenio absurdo de las memorias de Miguel Mihura que habían aparecido en 1948. Estas obras testimonian los altibajos del arte teatral en el mismo momento histórico que analiza Marsillach. En este sentido, *Tan lejos, tan cerca* -título y leitmotiv evocador repetido con fruición a lo largo del libro- completa numerosos silencios: personales unos y colectivos otros y se convierte, de este modo, en un instrumento que permite encontrar nueva -por matizada- información que ilustra la necesitada memoria de nuestro teatro.

Marsillach describe con detalle minucioso su vida en un prólogo y 43 capítulos. Recuerda su infancia de niño solitario y abandonado a la tristeza -“siempre fui un chico triste y solitario” [p. 17]-, la juventud aturdida por su absoluta timidez (“Como ustedes ya saben -si han cometido la imprudencia de leer algunas páginas de estas memorias- yo era un niño muy tímido. No sé cómo explicarlo sin que ustedes caigan en la tentación de suponer que, encima de tímido, era imbécil, pero mi timidez no parecía precisamente normal” [p. 75], escribe con la ironía que le caracteriza) y, en fin, su

trayectoria profesional desde los inicios en las novelas emitidas por Radio Barcelona como terapia para vencer esa timidez que tanto le pesaba hasta la actualidad de abril del 98 en que el autor, como sabemos, ya hacía años que había descubierto sorprendido que era Adolfo Marsillach.

*Tan lejos, tan cerca* es una autobiografía dilatada, en la que parece no olvidarse de nada, tan sólo algún que otro comentario insinúa que lo silenciado no es pertinente. El resto es, pues, completo y sincero. No encontraremos aquí autoengaño -Carlos Castilla del Pino, psiquiatra y autor de otras memorias, *Pretérito imperfecto* (1997), distingue entre el autoengaño como un mecanismo involuntario del acto humano de recordar y la automentira, farsa voluntaria que invalida cualquier intento autobiográfico veraz-. En la autobiografía de Marsillach se supone el autoengaño, en cuanto que todo criterio selectivo lo lleva implícito, pero la mentira -al menos la pública- queda anulada por las continuas referencias temporales que sitúan la acción siguiendo un orden cronológico más que riguroso. Escribe Marsillach al respecto: "No he pretendido ser objetivo porque sabía que no podría serlo. La memoria, además de selectiva, es injusta" [p. 573].

El relato de sus vicisitudes personales y profesionales conlleva una disculpa por los malentendidos que se han producido a lo largo de su vida o bien una confirmación en decisiones que fueran duramente criticadas -se da un interesante subtexto autobiográfico en los paréntesis destinados a aclarar comentarios e ilustrar referencias caracterizado por un tono más informal-. Todo texto autobiográfico es autojusticativo por naturaleza y *Tan lejos, tan cerca* cumple bien esta premisa. Al acabar la lectura del libro tenemos la impresión de que Adolfo Marsillach se ha ido dejando vivir y de que todas sus decisiones eran necesarias. El azar ha guiado su vida: azar que lo llevó al escenario la primera vez, la confabulación de la familia de su primera esposa para celebrar una boda, la casualidad de ser considerado por Adrià Gual en tiempos de transición como el mejor director de teatro en España y, como resultado, una brillante carrera que empezó con su voz en la radio y evolucionó hacia el Marsillach actor, guionista y director teatral, director del Teatro Español de Madrid, creador del Centro Dramático Nacional y de la

Compañía Nacional de Teatro Clásico y director general de Música y Teatro. Y todo casual, a su juicio.

En las memorias de Marsillach se impone una distinción de dos facetas que después, por uno de esos caprichos, derivaremos en una sola. La vida privada en función de la pública o el teatro como eje director de estas memorias. El orden cronológico corresponde a la trayectoria profesional de Marsillach y los recuerdos privados se derivan del teatro -sus compañeras eran actrices o periodistas, nos dice-. Hay un interesante intercambio entre el Marsillach actor y persona, pues acude al teatro para inventarse existencias diferentes y, a la vez, utiliza su vida para ampliar en el escenario gestualidad e imaginación. Como trasfondo de este relato al alimón del Marsillach público y el privado aparece el panorama sociopolítico que caracterizó cada etapa de su vida.

"Me produce mucho fastidio airear tanto trapo sucio, pero sólo voy a escribir estas memorias una vez en mi vida y me considero obligado a contar lo que ocurrió, aunque para hacerlo tenga que taparme las narices" [p. 398]. Y se pone a ello. Múltiples nombres pasan por las páginas de sus memorias sin encontrarse en índice onomástico alguno. Lo dijo el autor como una pequeña maldad en la presentación del libro en la Universidad de Barcelona: quien quiera encontrarse -recuerdo escucharle- que lea y se busque.

En lo personal, el amor y las mujeres. El relato de sus aventuras amorosas nos lleva desde su primera novia, Elenita, primera de las "dieciocho novias formales" que le seguirían, pasando por el relato de su matrimonio frustrado con Amparo Soler Leal, su relación con Teresa del Río con la que comparte sus hijas -Cristina y Blanca-, una muy especial relación con Pilar Miró y, en fin, el matrimonio con Mercedes Lezcano, transcritora del original. Entretanto, otras actrices y periodistas que aparecen aludidas con su nombre real, con un nombre imaginado o con siglas o que, simplemente, no aparecen mantienen en Marsillach viva la llama romántica de la idea del amor.

En el ámbito profesional numerosos compañeros aparecen en sus páginas y, tenemos la impresión, son más enemigos que amigos. La rivalidad de las gentes del teatro queda clara, de vez en cuando

recuerda las compañías teatrales a las que perteneció como grandes familias pero, lamenta, esa concepción quedó ya muy lejos. También le ocupa la relación con la crítica teatral, con la que mantiene una relación de amor/odio enojosa para el lector. Al final, no sabemos realmente si la padece o la agradece. En cualquier caso el distanciamiento de Eduardo Haro Tecglen, a quien califica en numerosas ocasiones de excelente crítico, se describe como un hecho doloroso y punzante que el memorialista querría superar.

Y, en fin, el panorama sociopolítico que ha acompañado su peripecia vital aparece explicado en acotaciones directas y sumamente críticas desde su perspectiva izquierdista, de simpatía fundamental hacia el bando derrotado tras la contienda civil ("Soy -como ya dije- republicano" [p. 378]). Es abrumadora la visión que nos ofrece de la posguerra española: "Con la posguerra llegaron -al paso fecundo de *Cara al sol*, *Montañas nevadas* y *Prietas las filas, recias, marciales...* - Auxilio Social, Falange Española Tradicionalista y de las JONS, el Frente de Juventudes, los sindicatos verticales, el aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera, el Día de la Victoria, el de los Caídos, la Fiesta de la Raza, el plato único y la leche en polvo. Demasiados acontecimientos y demasiadas celebraciones para un niño como yo que acababa de cumplir los once años" [p. 63]. La censura franquista tampoco se salva, la crítica es doblemente eficaz en cuanto que ridiculiza las maneras -recuerda los dos censores que acudían al teatro, uno libreto en mano y el otro con los ojos puestos en el escenario para confirmar que texto y gesto se correspondían fielmente con la moral impuesta- y los tira-y-afloja para conseguir que se respetara siquiera la idea, que generalmente se conservaba

disfrazada a cambio de una compensación económica. Con la transición le llegó la libertad para expresarse en el escenario y la oportunidad de demostrar su filiación socialista. Hacia el final de las memorias hace un inventario de la influencia del medio en su vida: "Mi juventud y madurez transcurrieron íntegras bajo el franquismo: en 1939, al final de la guerra civil, cumplí once años y, a la muerte del dictador, tenía cuarenta y siete. Un largo recorrido en el que las circunstancias personales y la observación del ambiente que me rodeaba me impulsaron a una tímida, aunque cada vez más decidida, resistencia. Por mucho que me pese y que me duela, soy una consecuencia del régimen que impusieron los vencedores. Quizá por este motivo -de un modo tal vez excesivamente radical- me cuesta creer en la buena fe de nuestros políticos de derechas" [p. 418].

En definitiva, *Tan lejos, tan cerca* está narrada con un ritmo ágil buscado y conseguido gracias a la ironía, el humor y las promesas continuas al final de cada capítulo que incita a la lectura de la sección siguiente con renovado interés. La redacción revela la eficacia de la escritura de Marsillach. La obra es un guiño doble: al lector de las memorias que quizá compartió -además de tiempo- estrenos y espectáculos y al joven lector que llega vacío de recuerdos pero que quiere completar lagunas nunca dichas en los libros de texto. Las memorias desembocan en una reflexión detenida y finalmente optimista sobre la muerte con la que tiene que enfrentarse una vez más, en esta ocasión fuera del escenario.

Blanca Bravo Cela